

I Brianzuelo de la Sierra.
 ("La Ilustración Española y Americana" Madrid,
 8 agosto 1900).

BRIANZUELO DE LA SIERRA.

(NOTAS DE VIAJE.)



LEGAMOS á Brianzuelo de noche ya, después de habernos perdido en el vasto castañar que lo precede; llegamos rendidos. No sé qué me daba el que las pisadas de nuestras mulas resonasen en el silencio del pueblecillo, turbando su quietud. Parecíame sagrado el sueño de aquellos lugareños, porque era un sueño merecido y bien ganado.

Llamamos á la puerta de la posada, una enorme puerta de castaño con una enorme argolla, y al cabo de buen rato asomó soñoliento el posadero, se informó de nosotros, abriónos la puerta y nos dió camas. Al poco rato dormíamos como marmotas. Y aquel sueño, aquel sueño profundo y tranquilo, es el recuerdo más puro y más hondo que de Brianzuelo de la Sierra conservo.

Desperté temprano, pero con gran pereza de

levantarme. Oía rebullicio de gente y de caballerías en la calleja. Y pensaba: «¿Qué gente será? ¿qué harán? ¿qué dirán? ¿cuántos serán? ¿en qué pasarán el tiempo en este lugarejo agazapado entre castaños, aquí, en este bravío repliegue de la sierra? ¿qué idea tendrán del mundo? ¿cómo será el lugar?» Y me puse á imaginarme cómo sería el lugar sobre la pobre base de mi rapidísima inspección nocturna de la víspera. Todo menos levantarme é ir á verlo.

Vino mi compañero.

—¡Ea, perezoso, arriba! Vamos á ver el pueblo.....

—¡A ver el pueblo!—le contesté.—¿Y para qué?

—¿Para qué? ¡Tú estás malo!..... ¿Pues á qué hemos venido?.....

—¡A soñar! Déjame que me lo figure á mi antojo.....

—Lo mismo podías habértelo figurado en la ciudad.....

—No, lo mismo no. Aquí estoy en él, y la conciencia de estar en él vivifica mi imaginación; aquí respiro sus espirituales efluvios; aquí oigo



el rumor de sus gentes..... ¿Quieres que no salgamos de este cuarto, y que esta noche, á obscuras, prosigamos nuestra excursión?

—Vamos, no seas loco, ten juicio y levántate.

Y como la presencia de mi amigo y compañero de jira me infunde juicio siempre, me levanté, me vestí lo más pausadamente que pude, y des-perezándome fuí al balcón. Era una calleja estrecha y oscura; las casas de armazón de madera mal recubierto con barro y adobes, casas negras con enormes balconajes de madera también y unos aleros que iban á tocarse casi con los de la casa de enfrente, lo cual hacía que el cielo de la calleja fuese una faja recortada en caprichosos ziszás, como si un niño lo hubiese hecho á tijera. Algunas casas estaban sobre rocas que asomaban saliendo del suelo. Los vastos balcones—más bien galerías—estaban llenos de toda clase de enseres y cachivaches, trapos y colgajos; parecían un rastro.

—Esas casas me hacen el efecto de barcos anclados—dije á mi amigo.

En las puertas de las casas había unos hombres robustos, colorados, de mirada de esas que no se posan sobre los objetos sino que los asen, con los rollizos brazos remangados, sentados en el umbral, bajo la inmensa toza que hacía de dintel. Recordáronme á los obreros de la parábola, que esperaban quien los alquilase.

—¿Qué hacen?—preguntó mi amigo.

—¿Pues no lo ves?.....

—No, no veo lo que hacen.....

—Es que tienes ojos y no ves..... Hacen lo que ves....., estar y vivir.

—¿Qué vida!

—¿Qué vida? ¿Sabes que me gustaría quedarme aquí, y sentarme como ellos así, en el umbral de la casa, á ver pasar los perros, é ir un rato á la fuente á ver las mozas, y después de haberme dejado empapar de esta vida difusa, lenta, consuetudinaria, escribir una «Historia universal de Brianzuelo de la Sierra»?

—¿Universal..... y de Brianzuelo de la Sierra? ¡Vaya un universo!

—Cada uno de esos hombres que está ahí sentado es un universo.

—Vaya, vaya, vamos á ver el pueblo.

Desayunamos con la mayor calma posible, y paladeé con deleite un gran vaso de espumosa leche.

—Y pensar que también de la leche se hace alcohol..... —dije á mi amigo.

Salimos, dirigiéndonos hacia el ejido del lugar. Descubriábase desde allí un vasto panorama, empapado en paz. El sol vestía al valle, todo florido entonces. El río parecía una inmensa serpiente



1.5.2/290

que se estremeciera de escalofrío. No se oía más que á un cabrero que gritaba no sé qué. Cerca de nosotros un leñador trabajaba en un castaño derribado.

—Datos para tu historia universal— me dijo mi compañero.

—Datos. ¿Qué es eso de datos? ¿Te figuras que habría de ser una historia documentada?

No lejos de nosotros, á la puerta de una miserable casucha y al socaire, una vieja, teniendo en la falda un gato al que acariciaba incesantemente, contemplaba el valle.

—¿Cómo se irá posando el valle en el espíritu de esa pobre vieja?— dije á mi amigo.

—¡Bah! ¡se lo sabrá ya de memoria!

—Sí, el valle será un pedazo de su alma, el escenario de ella acaso; si se lo quitaran moriría..... de seguro.....

—Verás; le preguntaremos algo.

Y acercándose á la anciana le preguntó:

—Diga, buena mujer, ¿cómo se llama aquel

pueblecillo que se ve allí á la derecha, sobre aquel altozano?

—¿El que tiene á la derecha, en lo más alto, la iglesia?

—El mismo.

—Aquel es Frajenuela. Pero..... ¿ustedes no son de aquí?

—No; somos forasteros.

—¿De la ciudad acaso?

—Sí; de la ciudad.

—¿Son ustedes los que vienen á eso de la carretera?

—No; venimos nada más que de paseo.

—¿De paseo?— y dejó de acariciar al gato.

—Sí; de pasco.

—Entonces son ustedes unos señores..... No les extrañe que no lo haya conocido, porque como estoy ciega.....

—¿Ciega?

—Ciega, sí, señores; llevo veinte años así. Salgo aquí y me paso el tiempo con este michino y viendo el valle.....

—¿Viéndolo estando ciega?

—Como si lo viera, señor, como si lo viera.....

Pero de paseo..... de pasco á Brianzuelo..... ¿qué pueden ver en Brianzuelo unos señores de la ciudad? Me acuerdo bien de la ciudad, muy bien..... ¡qué iglesia tan grande! ¡qué catedral aquella! Allí dentro cabe todo este lugar. ¡Qué columnas! Pero á mí me daba miedo, me daba miedo aquella catedral tan grande.....

—Más grande es el campo.....

—Pero el cielo no se hunde, y aquello, aquello de piedra, el mejor día se viene abajo; á mí que



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES

1.5.2/290

no me digan..... ¡tanta piedra! ¡tanta piedra!

—Aquí nunca pasará nada, abuela— le dije.

—Sí, como pasar sí pasa; todos los días pasa algo nuevo..... ya ve usted: ayer derribó Antero ese castaño que está cortando; anteayer dió á luz la mujer del tío Lucas..... ¡oh! sí, señor, sí, no hay dos días iguales; hace setenta años era yo una moza, ahora soy una vieja, ando muy cerca de los cuatro duros y medio; á la hija de mi nieta Martina no la he podido ver; mas es tan maja la chicueta..... Pero pasar, lo que ustedes dicen pasar, no, no pasa mucha cosa..... de esas que andan en los papeles..... gracias á Dios no ha pasado nada desde que el tío Martín mató al tío Javier y á sus dos hijos, ¿ya se acordarán ustedes? hace veintidós años..... dos antes de perder yo la vista.....

Y siguió la pobre vieja hablándonos de las mil menudencias del lugar. Y sin ver ni oír más, nos volvimos á comer á la posada.

Después de la comida nos fuimos al castañar, nos echamos al pie de un castaño, sobre el césped mullido, y allí nos estuvimos viendo á través del opulento follaje desfilan las nubes por el cielo azul. Fingían monstruos enigmáticos, dragones, grifos, quimeras y centauros, rebaños de una fauna fantástica, islas remotas. Cambiaban insensiblemente, sin aparente solución de continuidad.

—Es lo mejor que tiene Brianzuelo— dijo mi compañero,—las nubes vistas á través del castaño.

—Me parece que estoy leyendo una historia universal ó escuchando una epopeya de tras los mundos— le contesté.—No tiene la historia más interés que esto, ni nos enseña más. Nubes, todo son nubes; nubes aquende y nubes allende la tumba. Lo que importa es si nos velan ó no el sol, si se resuelven ó no en lluvia.....

—Mira, ¿qué querrá decir aquella nubecilla alargada?

—El tío Martín mató al tío Javier y á los dos hijos de éste, formidable suceso histórico de que se hablará largo tiempo en el pueblo y que andará en coplas..... Pero ¿no oyes? ¿no oyes los golpes de hacha de Antero el leñador? Parecen la música á cuya acompasada marcha desfilan las nubes.....

—Nebuloso estás.....

—¡Hermoso pueblo este de Brianzuelo! ¡No tiene nada que ver, y sí mucho que sentir! ¿No le sientes, no le sientes ya en las venas? ¿No oyes su silencio? Mira, mira esa vaca..... ¿se le habrá ocurrido mirar alguna vez á las nubes y pensar qué sean?





— ¡Oh, no! el espíritu de las vacas no tiene nada de nebuloso ni de soñador..... supongo. Es como el de los campesinos, que jamás sueñan.

— ¿Que jamás sueñan? Yo creo que no hacen otra cosa. ¿O crees tú que mientras trabajan piensan, eso que llamamos pensar nosotros?..... No, no, sueñan, no hacen más que soñar.....

— ¿Y qué sueñan?

— ¿Qué? lo que tienen delante de los ojos, la realidad concreta y presente, el campo, el buey que pasa, el pájaro que vuela.....

— ¿Será que lo ven?

— No, es que lo sueñan. Su alma es lo que tienen delante, el universo, una inmensa nube sin cesar cambiando....., hasta que se les resuelve en lluvia.....

— ¿Y llueve.....?

— Sí, llueve sobre su tumba, llueve el tiempo en gotas incesantes.....

A la caída de la tarde nos volvimos á la posada á tomar un refrigerio, y al poco rato nos enredamos en un tute con el posadero y un arriero que se hallaba allí de paso. Había que ver la pausa con que barajaba los naipes, y había que ver con qué solemnidad alzaba un rey mugriento para arrojarlo triunfalmente sobre la mesa. «¡En cuántas batallas no habrás entrado!.....», pensé mirando al caballo de espadas, y le vi como un héroe antiguo, envuelto en leyenda.

— Son un gran recurso las cartas — nos dijo el posadero; — no comprendo cómo hay quien se aburra. Con ellas lo mismo da corte que cortijo, todo es igual. Yo, en teniendo las cuarenta, tan ricamente. Los dos más grandes bienhechores de los hombres son el que inventó la cama y el que inventó la baraja, que á mí se me ha puesto en la cabeza, no sé por qué, que debió ser uno mismo.

— Sí, en un pueblo como éste es un recurso — dijo mi amigo.

— Aquí y en todas partes. Le digo á usted que no echo de menos lo mejor del mundo. En teniendo conciencia..... Porque hay quienes se irritan. Recordarán cómo hace unos veinte años mató aquí, en Brianzuelo, el tío Martín al tío Javier y sus dos hijos. Pues todo ello empezó por una cuestión en el juego. Pero ¡qué demontre! alguna vez ha de pasar algo..... y no todos son como el tío Martín.....



1.5-2 / 290

A la mañana siguiente, muy temprano, montamos en nuestras mulas para proseguir nuestra excursión, dejando á Brianzuelo de la Sierra, donde no ha pasado nada digno de contarse en papeles desde que el tío Martín mató al tío Javier y á los dos hijos de éste. Al salir vimos á la pobre noventona que, acariciando á su gato, miraba al valle con sus ojos ciegos.

— ¡Adiós, abuela! — la grité.

— Y qué, ¿les ha gustado mucho á los señores Brianzuelo?

— ¡Un paraíso, abuela, un paraíso!

— No tanto, no tanto.....; pero, para lo que una ha de vivir..... ¡He visto ya bastante!

— Ha visto ya bastante la ciega de Brianzuelo — dije á mi amigo.

— ¿Viven aquí? ¿vive esta gente? — repuso éste.

— Es verdad — le contesté, — no se ve crecer al castaño..... ni á la hierba siquiera.....

Poco á poco fuimos perdiendo de vista los tejados del lugar, y cuando no divisábamos al volver la vista, allá sobre el cerro de la revuelta, más que el campanario de la iglesia, llegaban aún á nuestros oídos los ecos del hacha del leñador que seguía adobando el castaño.

MIGUEL DE UNAMUNO.



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA
CREDOSUSALES



15.2/290